

PRESENTACIÓN

In memoriam Deogracias Manuel Díaz del Hoyo

Ha fallecido en el mes de abril, su querido y recordado abril, nuestro compañero Deogracias, republicano ilustre y fundador del CIERE. Y, si todas las pérdidas son importantes, ésta lo es mucho más: él ha sido para todos nosotros un modelo de bonhomía con una fidelidad ejemplar a sus principios morales y políticos tan difícil de encontrar en la España en la que vivimos. Pertenece a una generación de españoles que empeñaron sus ilusiones en transformar la patria, defendiendo la educación para crear españoles libres, sin perder de vista la justicia social, tan olvidada y tan maltratada por unos y otros. No consiguieron sus propósitos, pero no se dieron por vencidos. Sus vidas ejemplares ya en el exilio exterior como en el interior, que ha sido el caso de Deogracias, han permitido a los más jóvenes beber en esa fuente inagotable de virtudes cívicas, sin las cuales resulta casi imposible lograr la transformación del país.

Para el republicanismo español es también una gran pérdida, cuando llegan tiempos convulsos en los que no se vislumbran los propósitos que tantos republicanos como él deseaban materializar en beneficio de sus compatriotas. Él hizo lo que pudo para que la llama fugaz de la República de Abril no se apagara definitivamente y por eso participó en la fundación del CIERE y trabajó incansablemente por hacer posible su continuidad. Gracias en gran parte a su trabajo hemos llegado hasta aquí, treinta años que se dice pronto, durante los cuales Deogracias se ha preocupado de nosotros, ha vigilado las cuentas con su admirable profesionalidad de contable y nos ha regalado su afabilidad y honradez. Cuando las condiciones físicas se lo impidieron, nos abandonó con suavidad, pero sabíamos que seguía aquí, con sus ilusiones intactas y con su ejemplo. Por ello, desde el CIERE y *Cuadernos Republicanos* hacemos llegar a su familia nuestros mejores sentimientos, al tiempo que les decimos que pueden sentirse orgullosos de su querido padre.

De enero a junio, España ha vivido dos procesos electorales importantes, las elecciones andaluzas de 22 de marzo y las municipales y regionales del 24 de mayo. Cuando escribo estas líneas, la investidura

andaluza está congelada y los resultados de mayo, que han sido dañinos para el partido del gobierno, el PP, y su colega de oposición, el PSOE, han llevado la confusión y una cierta alarma al *establishment*, sin que se sepa qué iniciativas o qué acuerdos piensan adoptar. Creo que debo hacer una primera reflexión sobre el 24 de mayo, porque, desde mi punto de vista, es la antesala de las elecciones generales, aunque lo de Andalucía es significativo y fue el aperitivo de lo ocurrido en mayo.

En la gran corrida de toros del Ruedo Ibérico, que empezó el año pasado por estas fechas, se ha producido el segundo aviso de los electores a los dos partidos turnantes, al PP ahora en el gobierno y al PSOE en la oposición. Ambos cosechan caídas importantes de votos, aunque siguen conservando bases electorales significativas no se sabe por cuánto tiempo dada la velocidad de los cambios que van tomando cuerpo en el mapa político español. La participación electoral ha aumentado en las regiones ricas y núcleos urbanos importantes y se ha retraído en lo que coloquialmente se conoce como los “burgos podridos”. Con ello han quedado desmentidas de un plumazo las tesis acerca de la inconsistencia y falta de solidez de los movimientos políticos nacidos de la insatisfacción. De momento, cuentan con el apoyo de segmentos amplios de electores, sobre todo urbanos, y es previsible que su *vis atractiva* los incremente con vistas a las elecciones generales si no cometen errores de bulto y los partidos dinásticos permanecen instalados en sus prácticas inveteradas.

Las poderosas inercias y la abrumadora intoxicación mediática no han tenido los efectos deseados, aunque es verdad que incluso a los que analizamos la evolución de los acontecimientos españoles nos asaltaban dudas acerca de la dirección de aquellos. Y es que resulta que por encima de la propaganda, de la macroeconomía, de la jergonza de los mercados y, en fin, de toda esa parafernalia importada, la realidad que viven y sufren los españoles no hay manera de ocultarla. Raro es que exista alguna familia que no haya sufrido los zarpazos de la crisis, en especial el del paro, o que no haya visto succionados sus ahorros y rentas por la fiscalidad desbocada, en beneficio de un tinglado institucional manejado a su antojo por las oligarquías partidarias, sin la menor concesión al decoro público y a la honradez democrática.

Han sido demasiados abusos y corrupciones que hasta para un país tan olvidadizo y paciente como el nuestro resultan imperdonables.

Los folios de la sentencia de la nación se siguen rellenando sin prisa pero sin pausa. En este sentido es digno de admiración el civismo con el que los españoles están utilizando el bisturí para ir sajando, elección tras elección, el enorme tumor de corrupciones e inepticias que ha devuelto a España a la línea de salida de sus primeros balbuceos democráticos. No cabe engañarse, casi todo está por hacer para oprobio de quienes han defraudado la confianza del pueblo español y para acicate de esos nuevos partidos que se van implantando en el territorio nacional. Más allá de la expectación que despiertan, habrá que conocer cuáles son sus pretensiones para aplaudirlas o criticarlas. Pronto comprobaremos su grado de inteligencia política para administrar las primeras paletadas de confianza recibidas, así como su impermeabilidad ante los cantos de sirena y la llegada en tropel de arribistas mil.

Contra lo que se quiere hacer ver, los hipotéticos acuerdos de gobierno no serán rápidos ni fáciles, porque tanto Ciudadanos como Podemos se imaginan el riesgo que corren dando sus votos a gobiernos o consistorios que ellos no presidan o en los que participen. Probablemente sus exigencias serán sencillas y claras, difíciles de tragar para los instalados, como se está comprobando en Andalucía, razón por la que deberán acompañarlas de pedir en algunos casos las alcaldías o presidencias regionales que correspondan, no por conseguir sillones, sino por ejercer el control directo de las tareas de gobierno. Ya lo he dicho otras veces, pasar el fieltro de las investiduras tiene en el sistema español una importancia trascendental, porque la remoción de los investidos suele ser casi misión imposible, más o menos como intentar reformar la Constitución.

Sobre el papel el mapa político de las grandes ciudades españolas parece más radical que el del 14 de abril de 1931 cuando la conjunción republicano-socialista ganó en las capitales de provincia, pero no se alarmen: ahora no existe ningún Miguel Maura que arrastre a sus compañeros del Gobierno Provisional a tomar Gobernación ni un Alcalá-Zamora que pida la marcha del Rey antes de la puesta de sol. De momento, el objetivo es mandar a casa a un tropel de alcaldes y

presidentes regionales del Partido Popular, acompañados de sus cohortes de cesantes. Algunos ya están entonando el canto *De profundis*.

En días sucesivos iremos conociendo más cosas, porque el ruedo está en ebullición, aunque no creo que estemos ante un proceso revolucionario, sino ante una revuelta política entre partidos decrepitos y otros que nacen, que alcanzará su clímax en las nuevas Cortes Generales cuando se miren a la cara unos y otros y se pregunten cómo hincar el diente a la crisis española ¡Casi nada!

Manuel Muela

FE DE ERRATAS

En el número 87 de invierno 2015 de *Cuadernos Republicanos* el nombre de nuestro colaborador Josep Marius Climent se escribió Josep María Climent erróneamente. Aprovechamos para rectificar y disculparnos.